

**FILMS
DE AMOR**

EL PALACIO DE LONA



NÚM.
110

25
CTS

MARIE PREVOST - RALPH GRAVES

FILMS DE AMOR

APARECE TODOS LOS JUEVES

Redacción, Administración y Talleres:
Calle de Valencia, 234 - Apartado núm. 707
BARCELONA

AÑO V

NÚM. 110

THE Sideshow

1928

EL PALACIO DE LONA

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por la monísima y pizpireta actriz,

MARIE PREVOST

.....
E X C L U S I V A

PRÍNCIPE FILMS, Sdad. Ltda.

Aragón, 249 *Barcelona*
.....

REPARTO

Laura	MARIE PREVOST
Fernando	RALPH GRAVES
Melrose	LITTLE BILLY

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

**LOS COLOSOS
DEL OESTE
AMERICANO**



Solamente los
encontrará en

**BIBLIOTECA
FILMS**

(Título de la
supremacia)

TOM MIX

TOM TYLER

CHARLES JONES

HOOT GIBSON

FRED THOMSON

JACK PERRIN

REX BELL

Nuevo caballista que será el
asombro de las multitudes.

Pida el nuevo Catálogo General que se remite gratis, a

BIBLIOTECA FILMS

Apartado 707 - BARCELONA



PRIMERA PARTE

La vida del circo ya no es la de antes. El circo ha cambiado. Ha sustituido a la lenta carreta el "pulman" confortable; a la carretera polvorienta, las paralelas de la línea férrea. Pero hoy, como ayer, el mundo funambulesco del circo es aún una fuente inagotable de emociones fuertes.

Como todos los años, las primeras brisas primaverales imprimían al circo de Melrose una actividad febril. Se preparaban los números y la ruta para la próxima tournée, y su propietario, el señor Melrose, no tenía un momento de tranquilidad.

Nadie hubiera dicho al ver al propietario del circo que aquel hombrecillo era capaz de mover tantos hombres y de llevar un negocio de la categoría de aquél. Había empezado siendo uno de los fenómenos que se exhibían en el circo debido a su raza de enano, pero su pre-

visión y trabajo le habían conseguido ocupar el primer puesto entre los de su clase. Al llegar él con su circo, los que actuaban en la población desaparecían inmediatamente. Sabían de antemano, y por experiencia, que era inútil luchar con él. Su ingenio y su talento le proporcionaban siempre el medio de salir airoso de la competencia y solamente el circo Rusell se había atrevido a hacerle cara durante algún tiempo, ocasionando con ello la ruina de su propietario, quien, finalmente, decidió vendérselo a Melrose. Mas antes de ello procuraba por todos los medios, lícitos o ilícitos, vencer a su contrario y para ello concibió la idea de introducir dentro del circo a varios hombres pagados. Uno de ellos era un tal Hamilton, muy conocido en el mundo del circo por su escaso amor al trabajo y sus no muy claras intenciones.

Este había procurado tratar varias veces de su salario con Melrose y la última vez el propietario del circo le dijo:

—Ya le he dicho lo que puedo pagarle. Si le conviene lo acepta; si no, lo deja y en paz.

Hamilton afectó cierta indignación y exclamó:

—Le advierto que yo no permito que se me trate de cualquier modo; soy hombre que aguanto poco.

—Yo tampoco admito desplantes de nadie

—repuso el enano—. No he visto todavía ningún fenómeno que se coma a los hombres.

El gesto del enano era tan energético, que Hamilton cambió su actitud y exclamó:

—Es que no hay derecho, señor Melrose... Usted se aprovecha de mi situación para manejarme a su antojo.

—Yo no me he aprovechado nunca de nadie—exclamó el dueño del circo—. Siempre he pagado a cada uno lo que vale. Además, no le obligo; en usted está aceptar o renunciar.

Y, como es natural, Hamilton aceptó la contrata que le ofrecía Melrose, con la no buena intención de buscarle la ruina.

Melrose lo vió marchar y quedó sonriendo interiormente. ¡Qué gran hombre era!—pensó—. Porque hay que tener presente que Melrose estaba convencido de una cosa, y era que en el mundo sólo había dos hombres grandes: Napoleón y él.

Salió del vagón donde tenía instalada su oficina para inspeccionar los trabajos que realizaban sus hombres y se encontró en la puerta con su rival, que le dijo:

—¿Parece que está usted preparado para empezar?

—En efecto, Rusell—contestó Melrose—. ¿Quiere usted venir a echar un vistazo a las instalaciones?

Rusell, sin contestar a la pregunta de su enemigo artístico, le dijo:

—Melrose, vengo a decirle que esta vez no ha jugado usted limpio. Ha averiguado nuestra ruta y se nos ha adelantado...

—Mi juego ha sido completamente legal —respondió Melrose—. Ya sabe usted que jamás hago nada que pueda rechazar la conciencia; soy hombre honrado y mis negocios son siempre limpios. Lo que sucede, mi querido colega, es que en este ramo el que no corre es porque vuela.

—Pero comprenda usted que los dos no podemos permanecer aquí... y he pensado comírse a usted el circo...

—Ya le he dicho varias veces, Rusell, que mi circo no está en venta... El negocio produce y estoy muy contento con él.

—Usted verá lo que hace — exclamó el otro—. Siento que no lleguemos a un acuerdo; quizá llegue el día en que se alegre usted de poderme vender el circo por la mitad de lo que hoy le doy.

Melrose no quiso contestar a aquella amenaza y se alejó del lugar donde estaba su colega, para dirigirse nuevamente a la oficina del circo. Allí encontró a su ser bastante extraño por su indumentaria oriental y le preguntó:

—¿Qué desea usted?

—Quería hablarle, señor Melrose, para

ofrecerle mi número — respondió el otro, que era un tal Chandi, un individuo medio fakir, medio embaucador y un bribón compelto, que pretendía entrar en el circo siguiendo también las instrucciones de Rusell.

—¿Y cuál es su número? — le preguntó el enano.

El fakir sacó de la cartera una bola de cristal y, colocándola sobre la mesa, le dijo:

—Fíjese usted en esta bola. Es mi maravillosa bola de cristal, donde se refleja el futuro. Mírela bien y verá reflejarse en ella su porvenir.

Hizolo así el enano y el fakir volvió a preguntarle:

—¿Qué ve usted en ella?

—Veo en este momento a una hermosa joven — respondió el dueño del circo.

—Pues esa joven — siguió diciendo el fakir — no tardará en influir en su vida de una manera decisiva.

—Dígame quién es esa joven — exclamó el enano, intrigado por primera vez en su vida.

—Ha tanto no llega el poder de mi bola — respondió el fakir —, pero no dude que tanto la bola como yo podemos ser un valioso elemento para usted.

—Todo eso es patraña — dijo indiferente Melrose —, pero si tiene usted algunos otros trucos de efecto le contrataré para el Pasillo de los Fenómenos.

En todos los circos de alguna categoría existe este Pasillo de los Fenómenos, que viene a ser como la antesala de la pista grande. En él se exhiben los artistas que, no teniendo nada importante que realizar, sirven únicamente para entretenar al público en los descansos y prolongar así por algún tiempo más la duración del espectáculo. Para darles un nombre que encuadrarse bien con su misión podíamos llamarlos los "comparsas" del circo.

El jefe de toda esta *troupe* y a la vez administrador del circo era un simpático muchacho, llamado Fernando Roger, honrado a carta cabal y el más fiel partidario de Melrose, que, a su vez, tenía depositada en él toda su confianza.

Acababa, por indicación de su jefe, de admitir al fakir, cuando se le presentó una preciosa muchacha y le dijo, graciosamente:

—¿Podría usted decirme dónde encontraría al dueño del circo?

Fernando se la quedó mirando, impresionado por su belleza, y le respondió:

—Me parece que la he visto yo a usted en alguna parte.

—Sí, señor—respondió en tono de broma la joven—. Me ha visto usted... aquí.

—No es broma, señorita—volvió a decirle Fernando—. Pero me recuerda usted mucho a la troupe Royal Fonaud...

—Pues no tengo que ver nada con ellos —respondió la joven—. Me llamo Laura y vengo a solicitar trabajo en este circo.

—Venga usted conmigo, que quizás encontraremos algo para usted... Hablaremos con Melrose y le rogaré que la admita.

Echaron a andar y Laura sintió más deseos que nunca por quedarse allí; le gustaba la apariencia del circo y, sobre todo, estaba encantada de la simpatía del administrador.

**Si quiere Ud. aprender a bailar el
Tango argentino**

Pida el nuevo método que acaba de publicarse. Así también los métodos de

**EL CHARLESTON
y
BLACK-BOTOM**

Precio da cada método **25 céntimos**

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Biblioteca Films - Apartado 707, Barcelona

SEGUNDA PARTE

Al entrar en el despacho de Melrose, éste, al ver a la joven, quedó sorprendido por su belleza y, mucho más, cuando comprobó que aquella mujer se parecía en todo a la que momentos antes había visto en la bola mágica del fakir.

—Es la señorita, que viene a pedir un empleo en el circo, señor Melrosa—le dijo Fernando—, y yo a mi vez le ruego qué haga lo posible por admitirla.

—Señorita — exclamó el enano—. Basta que venga usted recomendada por Fernando para que quede admitida. El mismo le indicará lo que tiene usted que hacer. Creo que, de momento, puede actuar con Ghandi en el Pasillo de los Fenómenos... Más adelante veremos de buscarle algún trabajo en la pista grande.

—Pero de actuar en el Pasillo de los Fenómenos—exclamó Laura—no es muy agradable para mí, señor.

—En la vida, como en el circo, se repite

mucho este caso — le dijo Melrose—. Todos luchan por un sitio en la pista grande... Yo conozco también el Pasillo de los Fenómenos porque en él estuve muchos años, y si tuviera que volver allí otra vez creo que me acostumbraría pronto.

Fernando intervino en la conversación, más que por nada, por el deseo de que la joven aceptase y le dijo:

—El señor Melrose habla por propia experiencia. El primer pedazo de pan lo ganó en el Pasillo y hoy, ya ve usted: es el dueño de uno de los principales circos del mundo.

Aceptado, por fin, el contrato, al día siguiente empezaron los ensayos de todos los que formaban el circo. La actividad que en él había no era, sin embargo, motivo para que Laura y Fernando procuraran pasar las horas que tenían libres el uno al lado del otro. Una misma simpatía unía a los dos muchachos, sin fijarse siquiera en que también Melrose sentía por la joven una preferencia jamás señalada por ninguna de sus artistas.

Transcurrió una semana y el circo, dispuesto ya a abrir sus puertas al público, anunció su primera sesión.

Momentos antes de la hora indicada para la apertura, Laura se acercó a Fernando y le dijo:

—Buena suerte, Fernando... A ver cómo empieza al temporada.

—Estoy seguro de que empezará bien —repuso éste—. Ahora mismo voy a decir a la gente que tenemos aquí la mayor atracción del mundo—y señaló para la joven, que rió de lo que creía una broma de su buen compañero.

—Tódos los años digo lo mismo—siguió diciéndose Fernando—; pero éste lo digo de verdad.

Salió a la puerta y, subido sobre un taburete, intentó suscitar la curiosidad del público gritando:

—¡Señoras y caballeros!... ¡Este circo ha actuado ante los soberanos de Europa, ante los rajás asiáticos... y ante los presidentes de América!... ¡Vayan entrando, señores, y verán fenómenos a granel, sensaciones nunca vistas! ¡Entren todos, entren!

Y el público se amotinaba ante las taquillas, terminando el papel de las localidades.

.....
Coleccione usted cada martes

BIBLIOTECA FILMS

Lea usted cada jueves

FILMS DE AMOR

TERCERA PARTE

La preferencia que Melrose parecía hacer a Laura había llevado consigo el que todos sus compañeros de trabajo sintieran por ella una envidia atroz, la cual la manifestaban en todos sus actos y acciones; pero la joven tenía un corazón demasiado noble para hacer caso de aquel sentimiento que contra ella se manifestaba y, en vez de pagarles con iguales acciones, procuraba por todos los medios atraerse la voluntad de los artistas.

Una noche, varias de las mujeres que actuaban en el Pasillo, le dijeron una inconveniencia, y Melrose, que la oyó, le preguntó a Laura:

—¿Le han dicho algo molesto esa gentuza?
—No les haga usted caso—respondió Laura—. Aunque me lo hubieran dicho no lo habría tomado a pecho.

—Es que la envidian a usted—siguió diciéndole Melrose—porque ellos están condenados por toda la vida al Pasillo de los Fenómenos y ven que su número ha dado resultado y pronto pasará a la pista grande.

—Ellos también valen — respondió Laura—. Tal vez puedan ocupar algún día un puesto en la pista.

Melrose se la quedó mirando, comprendiendo todo lo que valía la nobleza de aquella muchacha, y estrechándole la mano, le dijo:

—Es usted una joven admirable, Laura. Cada día estoy más a gusto de haberla admitido en mi circo.

Al sentir el contacto de la mano de la joven, Melrose sintió que su cuerpo se estremecía. Ya no le cabía duda del sentimiento que le inspiraba aquella mujer. Estaba enamorado de ella, pero también estaba seguro de que su amor era imposible. ¿Cómo podría él, con su estatura, conseguir el amor de aquella muchacha? Y, sin decir nada más, se alejó de su lado cabizbajo, mientras que la música y las risas de los espectadores resonaban en sus oídos como un sarcasmo de la pena que lo embargaba.

A los pocos días de actuar el circo, una mañana, mientras que uno de los artistas se ensayaba, tirando varias hachas que venían a incrustarse en una tabla, Hamilton, disimuladamente, quitó la cuña que sostenía al tablero y una de las hachas, al dar sobre la tabla, al derribó y fué a clavarse a unos centímetros de la cabeza de otro artista. Al grito que dió éste corrieron todos al lugar y vieron



— Yo no tengo la culpa

que, afortunadamente, la cosa no había tenido más consecuencias que el susto correspondiente.

Melrose, indignado, se dirigió a Hamilton y le dijo:

—Hamilton, le prevengo que tenga más cuidado en lo sucesivo. Usted es el encargado, don Brum, de realizar este ejercicio y de colocar la tabla.

—Yo no tengo la culpa—respondió Hamilton—, ni puedo ser responsable de que alguien, al pasar, haya tirado de la pared.

Pero no paró en esto el incidente de aquel día, sino que por la noche, cuando trabajaba un pobre trapecista, el trapecio se rompió de pronto y el artista quedó muerto en el acto.

Por todo el circo corrió en seguida la voz de alarma y Fernando entró para decirle a Melrose:

—Hemos tenido una nueva desgracia. El pobre Kalne ha caído del trapecio para no levantarse más.

Melrose dió un salto y corrió, acompañado de Fernando, hacia donde estaba el muerto. Al salir de allí, Fernando se fijó en la cuerda del trapecio y le hizo ver el estado en que se encontraba, diciéndole:

—Fíjese, Melrose: la cuerda de este trapecio ha sido cortada a cuchillo. Es indudable que alguien ha tenido la intención de que ocurriera el accidente.

—Fernando—le respondió Melrose—, hoy han ocurrido dos accidentes en el circo y es preciso, a toda costa, que se entere usted de quién es el criminal. Ahora vaya a preparar lo necesario para el entierro de ese pobre hombre.

Se alejó Fernando hacia el vagón que ocupaba Kalne, y Melrose, apenado por la sensible pérdida sufrida, se sentó en la puerta de uno de los vagones.

Al poco rato apareció Laurá, llevando en brazos a una niña de pocos años, hija de

Kalne, y la chiquilla, al ver la tristeza del director del circo, se acercó a él, acariciándolo, y le preguntó en su media lengua:

—¿Por qué estás triste? ¿Es que papá no ha hecho buen trabajo hoy?

Melrose apenas si pudo ocultar unas lágrimas, que no pasaron desapercibidas para Laura, que pudo comprender en aquel instante la bondad de aquel hombre, y, tomando a la pequeña entre sus brazos, le dijo:

—Sí, hija mía, ha hecho más que lo que el mejor pudiera hacer.

Y, dirigiéndose a Laura, le entregó unos cuantos billetes, a la vez que le decía:

—Entréguele esto a la mujer de Kalne y dígale que mientras yo tenga un circo ella tendrá el salario completo de su marido.

Laura, conmovida por aquel rasgo, estrechó la mano del enano, diciéndole:

—Es usted el hombre más bueno que he conocido, señor Melrose.

—¿Le parezco bueno, Laura?—le preguntó ansiosamente el enano—. Pues entonces... entonces haga usted lo que le he dicho.

Y se apartó de aquel sitio, temiendo que su amor fuera mayor que su voluntad y no tuviera fuerzas para ocultarlo por más tiempo.

CUARTA PARTE

Pasaron otros días, otras ciudades, ocurrieron otros accidentes desgraciados y la Fatalidad parecía extender sus brazos sobre el circo Melrose. Los hombres empezaron a sentir el pánico terrible que produce la superstición y aquél se aumentó al no poder pagar una semana con la puntualidad de siempre los salarios. Hamilton y el fakir se encargaron de soliviantar los ánimos de los trabajadores y, a pesar de que el señor Melrose les había prometido pagarle al día siguiente, cuando salió de su despacho vió estacionados a sus operarios ante el vagón de pago.

—¿Qué es lo que esperan esos hombres? —le preguntó a Fernando.

—Están aguardando que se les pague para marcharse—respondió el administrador—. Y lo malo es que nos faltan brazos para el trabajo.

—¿Y a qué se debe su actitud, después de lo que les he dicho? —volvió a preguntar Melrose.



—¿Que canallada..

—Ya hace días que están descontentos— exclamó Fernando—. Parece que Rusell les ha hecho buenas proposiciones.

—No sé por qué, me figuro que en este circo hay algún traidor que procura mi ruina.

Apenas había acabado de decir esto, cuando una terrible explosión en el vagón de pagos hizo volar a éste en mil pedazos, librándose milagrosamente el pagador.

El dueño corrió al sitio en que había ocurrido el suceso y le dijo al empleado que trabajaba en él:

—Ya le advertí, Morán, que tuveise usted cuidado con la estufa de petróleo. Fíjese lo que ha ocurrido por no seguir mi consejo.

—No ha sido la estufa, señor Melrose— respondió Morán—. El vagón ha sido volado con dinamita, por alguien que tenía interés en ello.

Pero aquella desgracia, en vez de aplacar los ánimos de los trabajadores, lo que hizo fué exaltarlos más y uno de ellos les dijo a sus compañeros:

—Muchachos, estoy seguro de que el que ha hecho volar el vagón ha sido el propio Melrose para encontrar una excusa y no pagarnos.

—¿Qué canallada está usted propalando? —exclamó Melrose, que lo había oído—. El vagón de pagos ha sido volado por alguien que tiene interés en arruinarme. Pero a mí no se me vence tan fácilmente. Y, dirigiéndose a los demás operarios, les dijo: —Ya sabéis que jamás os he engañado, que siempre he sido un buen amigo vuestro. Ayudadme y yo os doy mi palabra de que no os pesará. Y con aquella energía tan característica en él, siguió diciéndoles: —Ahora, todo el mundo a trabajar... ¡Esta noche tiene que haber función!

Las palabras de Melrose surtieron su efecto. Los favores recibidos anteriormente y recordados en aquel instante, lograron rehacer

la voluntad de los trabajadores y todos, sin excepción, se pusieron a trabajar activamente.

Momentos después, Laura se hallaba hablando con Fernando y éste le decía:

—¿Qué dirías si yo dejase este circo por el de Russell?

—¿Por qué dices eso? —preguntó la muchacha.

—Porque he recibido una carta en la que me lo proponen.

Sacó de su bolsillo un sobre y extrajo de él una carta, que le enseñó a Laura, y que decía:

“Sr. Fernando Rogers. — Circo Melrose.

Muy señor mío: Corren rumores de que el circo Melrose va a cerrar. Si desea usted venir con nosotros, le ofrecemos un aumento de un 25 por 100 sobre su salario actual.

Esperando su respuesta, le saluda afectuosamente, J. A. Russell.”

Laura devolvió la carta y, después de quedar un momento pensativa, exclamó:

—Fernando, yo te echaré de menos si te vas...

—No temas, que mira la respuesta que le mando.

Le enseñó otra carta, escrita por él, y que decía:

“Sr. J. A. Russell.

Muy señor mío: En contestación a su car-

ta, solamente le diré que mientras el circo Melrose ocupe un palmo de terreno, yo estaré con él.

Le devuelve el saludo, Fernando Rogers."

Ya sabía yo que tú no eras capaz de hacer una mala acción como ésa—exclamó Laura.

Fernando entregó la carta a un muchacho para que la echara al correo, y sin fijarse que el sobre dende había recibido la de Russell quedaba en el suelo, cogió a Laura por un brazo y, mientras paseaban, le dijo:

—Ahora, hablemos de otra cosa... ¿Cuándo nos casamos?

De eso ya hablaremos más adelante... Por lo pronto, llévame a la cantina y después de que comamos te lo diré—respondió Laura riendo.

—¿Acaso no me quieres, Laura?—preguntó con tristeza el muchacho.

—No seas tonto—exclamó ella—. Demasiado sabes que te amo con toda mi alma.

Y, riendo el uno y el otro, pasaron las horas sin que advirtieran que se acercaba la noche y, con ella, el momento de empezar la función.

Terminada ésta, el circo fué levantado y, poco después, unidos sus vagones a una locomotora, emprendía el camino de otras ciudades.

Para todos los hombres, un secreto de amor es una dulce esperanza, y Fernando,



—¿Acaso no me quieres Laura?

en aquella noche, sentía el goce infinito de saberse amado, mientras que para Melrose aquel secreto de amor era una pena que lo amargaba constantemente.

Iba a comenzar a cenar, cuando le dijo el criado:

—Señor Melrose, la señorita Laura quiere hablar con usted.

—Que entre en seguida—dijo el dueño del circo.

Y cuando ésta estuvo dentro de su compartimiento, le preguntó:

—¿Es cierto que quería usted hablarme?

—Sí, señor Melrose — respondió ésta—. Vengo a recordarle una promesa que me hizo.

El enano hizo un gesto como indicando que no se acordaba de lo que podía ser y Laura continuó:

—Ya veo que no se acuerda usted.

Entonces se fijó en otro cubierto que había en la mesa y procuró excusarse, diciéndole:

—Veo que espera usted a alguien y que no es éste el momento propicio para hablar.

—Se equivoca, Laura—respondió el enano—. No espero a nadie. Siempre reservo un sitio en mi mesa por si llega una agradable compañía, y en esta ocasión es usted. ¿Quiere cenar conmigo y contarme lo que desea?

Laura aceptó el ofrecimiento y empezó diciéndole:

—Señor Melrose, ¿no cree usted que ya llevo bastante tiempo en el Pasillo de los Fenómenos? Usted me prometió que pasaría pronto a la pista grande...

—Esté usted tranquila — contestó el enano—. Mañana mismo me ocuparé de ese asunto y le prometo...

No pudo terminar la frase porque en aquel momento se presentó Hamilton con una carta en la mano, diciéndole:

—Señor Melrose, esta carta se ha encontrado en el departamento de Rogers y creo que su contenido interesará.

El sobre de la carta era el mismo que el que Rogers había dejado en el suelo aquella tarde. El enano se fijó en la dirección y sacó el papel que contenía y leyó la escritura, que decía:

“Fernando Rogers: Va bien su trabajo. Continúe como hasta ahora y pronto el circo Melrose será nuestro. — A. J. Russell.”

Cuando hubo terminado la lectura, le preguntó a Hamilton:

—Usted ha leído lo que dice esta carta?

El aludido hizo un gesto afirmativo y Melrose continuó diciéndole:

—¿Será usted capaz de castigar a un traidor?

—No creo que haga falta mucha ciencia para eso—respondió cínicamente el bribón.

—Pues escuche usted lo que voy a decirle: En este tren hay un hombre que está de más. Ya sabe lo que quiero decirle con eso...

Cuando salió Hamilton, Melrose le entregó la carta a Laura, a la vez que le decía:

—Está visto que no me puedo fiar de nadie, ni aun de mis mejores amigos.

—¡Rogers no ha podido hacer esto!—exclamó Laura—. Ahora mismo voy a buscarle y a demostrárselo a usted.

—No vaya a buscarle — exclamó Melrose—. Cuando llegue será ya tarde.

En efecto, Hamilton había ido en busca del fakir y le dijo:

—El golpe ya está dado. Tú llévate ahora a Rogers a la plataforma de atrás... Vamos a echarlo a la vía.

El fakir fué en busca de Fernando y le dijo:

—Señor Rogers, me parece que el último vagón se ha desenganchado y se ha quedado atrás.

El efecto fué instantáneo. Rogers salió inmediatamente a la plataforma y los cómplices intentaron arrojarlo; pero no contaron con las fuerzas hercúleas del joven administrador, que rechazó el ataque. Lucharon los tres desesperadamente, hasta que, al fin, Fernando logró imponerse a sus enemigos en el



En aquel momento se presentó Laura

momento en que se presentó Laura y le dijo:

—Fernando, no culpes a Hamilton. El no ha hecho más que seguir las órdenes del señor Melrose.

—Es cierto—exclamó Melrose, que había seguido a la joven—. Nadie se jactará de haberme traicionado y usted es el único traidor que hay en este circo.

Rogers, sorprendido por aquella acusación, interrogó con la mirada a su jefe, que le enseñó la carta que le había entregado a Hamilton, a la vez que le decía:

—Lea usted lo que dice esta carta que se ha encontrado en su cuarto.

Rogers tomó la carta y, después de leerla, exclamó:

—Este escrito no vino dentro de este sobre. Espérese un momento y le enseñaré lo que venía.

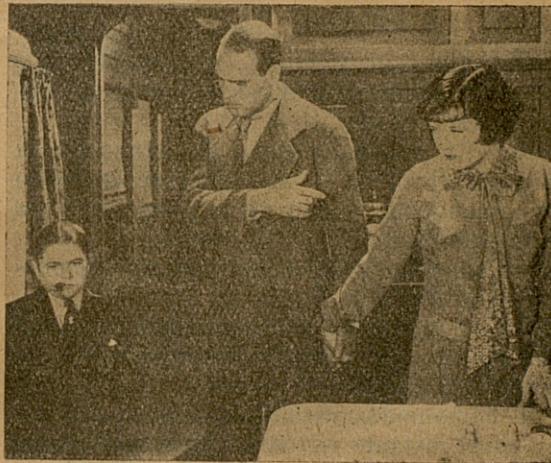
Corrió a su cuarto y sacó la que había recibido de Rusell. En el trayecto se encontró con el "botones" y le preguntó:

—¿Has echado la carta que te di esta tarde?

—No, señor—respondió éste—. Tuve mucho trabajo y esperé a la noche; pero ya no me dió tiempo.

—Entonces, dámela en seguida.

El muchacho sacó del bolsillo la carta dirigida a Rusell y, con ella en su poder, se



— Nadie se jactarí de haberme traicionado

presentó de nuevo donde estaba Melrose y le dijo:

—Aquí tiene usted la carta que recibí de Rusell y la respuesta, de mi puño y letra.

El enano leyó aquellos documentos, que demostraban la inocencia de Rogers, y exclamó:

—Me he equivocado, Fernando. ¿Quiere usted estrecharme la mano?

Nadu dó Rogers en aceptarla y con aquel apretón de manos sellaron los dos amigos la amistad que desde tanto tiempo los unía.

QUINTA PARTE

Otro día... otra ciudad... y bajo la rutina cotidiana seguía la maldad tramando sus iniquidades.

Aquella noche, después de terminada la función, el fakir y Hamilton se hallaban combinando un nuevo plan, y éste le decía a su cómplice:

—Es lástima de no haber podido desembrazarnos de Rogers...

—Con la que tenemos que andar también con mucho ojo es con la muchacha. Me parece que nos espía los pasos.

Y, como una confirmación de sus palabras, en aquel instante vieron a Laura, que procuraba escabullirse de su escondite después de haber oído la conversación.

Hamilton salió en su persecución, y cuando la alcanzó, le dijo, en tono amenazador:

—No sé lo que habrá usted oído; pero, sea lo que sea, por su bien le recomiendo que lo olvide.

—Gracias por el consejo—respondió Laura, sin amedrentarse—. Pero oí cosas muy interesantes y, a Dios gracias, tengo muy buena memoria...

—Entonces, ya ajustaremos cuentas cuando estemos en el Pasillo de los Fenómenos —exclamó Hamilton.

Apenas había terminado su amenaza, cuando apareció Fernando y le dijo:

—Antes de amenazar a una señorita procure asegurarse de que está sola y dé que no hay un hombre que la defienda.

—Ahora mismo, delante todo el mundo, vas a confesar quién es el culpable de todos los accidentes que han ocurrido en el circo; de lo contrario, no saldrás vivo de mis manos.

A los gritos de Laura se habían congregado todos los que trabajaban en el circo, incluso Melrose, que oyó decir al bandido:

—Fué Ghandi quien los preparó—exclamó Hamilton—. Trabajaba por cuenta del circo Rusell... El fué quien limó el trapecio... el que voló el vagón y el que preparó la carta que entregué al señor Melrose.

—Traigan en seguida a Ghandi—ordenó Melrose, veindo que el fakir había desaparecido.

Varios hombres salieron en su busca y, poco después aparecieron diciendo:

—Hemos encontrado abierta la jaula de los leones y a Ghandi completamente destrozado por ellos. No podemos comprender cómo habrá sucedido.

—Ni nos importa — respondió Melrose—. Así nos ha evitado el trabajo de entregarlo a la justicia. Ahora amarrad a este hombre para que no se escape.

—¿Y qué diremos de la muerte de Ghandi?—preguntó Fernando.

—Nada—respondió indiferente el enano—.

Ha sido un accidente inevitable... como otros que han ocurrido...

Salieron todos los hombres, llevándose al prisionero, y Laura, que había quedado con Fernando y con el director, le preguntó a éste:

—Ya no habrá más accidentes, señor Melrose...

—Es verdad, gracias a usted todo volverá a la normalidad. Desde mañana, los dos pasarán a la pista grande.

—Gracias, señor Melrose—exclamó la joven estrechando una mano del jefe, mientras que con sus ojos acariciaba a Fernando—. Ahora todos estaremos en la pista grande.

Melrose comprendió el cariño que unía a los dos jóvenes y respondió tristemente:

—Todos, no, Laura... La pista grande me pertenece... Pero yo pertenezco siempre al Pasillo de los Fenómenos...

Y mientras que los dos enamorados, ajenos a todas las penas de los demás, se abrazaban diciéndose su amor, Melrose se dirigió hacia su departamento, exclamando interiormente:

—¡A qué soñar imposibles!... Yo seré un Napoleón, el hombre más grande del mundo, pero nunca podré conseguir el amor de una mujer como Laura...

OIGA!...

Estos son los
mayores éxitos:

TANGOS ARGENTINOS
BIANCO BACHILIA
MARCUCCI
LOS MEJORES TANGOS
IMPERIO ARGENTINA
SPAVENTA
LINDA THELMA
MANUEL BIANCO
CARLITOS GARDEL
PEPE COHAN
SOFIA BOZAN
CATULO CASTILLO
ERNESTO FAMA
JULIO DE CARO

Cada librito contiene 2 tangos modernos diferentes
PRECIO DEL LIBRO: 30 céntimos.

Si no los encuentra en su localidad

PIDALOS ANTES DE QUE SE AGOTEN A
BIBLIOTECA FILMS.-Apartado 707.-BARCELONA

que remitiendo el importe más cinco céntimos
en sellos de correos, se los enviará enseguida